

balances son esquemáticos, las ideas reiterativas; parece que el autor pretende no sólo informar sino provocar una catarsis en la conciencia del lector.

Sea como sea, esta obra de Antonio de Undurraga, como otras novelas de este mismo autor, es una literatura de testimonio, que deja atrás la literatura de diletantismo y diversión. En esta obra se engarzan la aventura y el diálogo de ideas. Es una literatura de pensamiento vivido, inspirada en una moral y una ética humanista no idealizada pero heredera de una concepción cristiana y liberal. Esta es una obra comprometida con la educación, la política, la filosofía, la economía, la diplomacia, la historia de las religiones, la ciencia y la cultura.

Cambio de guardia en el Infierno trasciende el marco de las novelas tradicionales porque ella revela por las acciones reales o ficticias de sus personajes o por las ideas o ideales que estos personajes representan, una realidad histórica cultural de la época que viven, y aunque esta novela no pretenda, tal vez, ser una historia política, la política tiene en ella un papel preponderante en la medida en que sus protagonistas participan activamente en los destinos políticos y sociales de un país, de un continente y de una época.

Pero no podríamos terminar este análisis sin señalar que el compromiso en esta obra de Undurraga es esencialmente con el hombre, aunque a veces las simpatías y las críticas no se repartan muy equitativamente entre los protagonistas y las ideas que ellos sustentan. El lector podrá estar o no de acuerdo con las ideas del autor, pero no podrá dejar de apreciar las condiciones de su estilo, amenidad, sentimiento, humor, sensibilidad, cultura, soltura y velocidad de narración, suspenso, lirismo, objetividad, colorido, riqueza de imágenes y dominio del género.

EDUARDO BAQUEDANO

<https://doi.org/10.29393/At452-32APHM10032>

AUTOBIOGRAFIA POR ENCARGO

De *Cristián Huneeus*

Editorial Pehuén, 1985

Cristián Huneeus cumplió con creces el encargo de Carlos Ruiz-Tagle de escribir una autobiografía. La leemos dolorosamente, a la vez que con gusto. La contradicción es explicable: vemos y sentimos a Cristián en cada una de estas páginas tan suyas y nos damos cuenta de su significación humana y literaria, precisamente cuando sabemos que no está con nosotros.

Es una despedida perfecta.

Cristián se ve a sí mismo en la doble perspectiva del tiempo y del espacio. En ambas, a su vez, un doble asedio: el de la familia y el de la sociedad —campo, estudios, fuerzas políticas— que lo rodeaban. El Yo fluye de estas vertientes de múltiples maneras. A veces con tranquilidad y buen empalme; a veces en resuelta oposición. Por una parte, el autor es un Huneeus más, prolongador del padre dueño de fundo, activo y

responsable; por otra, en cambio, es un académico hecho y derecho, un creador que experimenta y arriesga. Asume así características contradictorias, que le valen —junto con elogios y aplausos— la enemistad familiar y la desconfianza de más de un colega.

Las etapas formativas son claras: la niñez, en el fondo; el Colegio Saint George, la Escuela Militar, el Pedagógico, Inglaterra. El trabajo oscila entre la cátedra y el campo. Añadanse las dificultades en la formación del hogar propio, las vicisitudes específicas del Chile de los últimos años y la deplorable situación actual, y se tendrá una idea de la complejidad de esta vida que, no obstante, se organiza como desde la distancia, con cierta ironía, como si las cosas no importaran tanto.

No hay indiferencia, sino sabiduría de narrador. Se cuenta lo hecho y lo no hecho. Están presentes las ausencias, si se excusa la fácil paradoja. Los capítulos muestran el empeño que hubo que poner para salir adelante en la vida y en el relato de esa vida.

Vida y literatura se unen en el libro, pero el autor se las arregla para enseñarnos lo mucho que le costó lograr tal unidad.

Adriana Valdés prologa el libro con sabiduría y con cariño. Sus líneas ayudan al lector a ver la complejidad del narrador y de lo narrado, y a entender y gustar.

Es curioso el caso del Colegio Saint George. Ya son varios los escritores que en sus memorias o en sus ensayos y artículos de periódico se refieren a él, a su historia, a sus alumnos y profesores, su academia literaria. Primero fue Roque Esteban Scarpa, animador del *Joven Laurel* que alcanzó a dar buenos frutos en la poesía, el relato y el drama. Luego José Luis Rosasco ha ambientado más de uno de sus escritos en el colegio de Pedro de Valdivia. Carlos Ruiz-Tagle, en *Memorias de Pantalón largo y Pantalones cortos*, sabe asimismo ponernos frente a jugarretas, decires, clases, profesores y sacerdotes que conformaron su niñez y su adolescencia. En nuestro librito *De la vida de un profesor* incursionamos también por el Saint George, sólo que en su nueva etapa, la de Américo Vespucio con La Pirámide, la de la dolorosa intervención estatal, la del esfuerzo por normalizar y unir, la de la devolución a sus legítimos dueños.

Ahora es Cristián Huneeus quien recuerda a su antiguo colegio. Lo menciona varias veces y no puede olvidar el momento doloroso en que su padre y el rector se ponen de acuerdo para recomendarle nuevos aires pedagógicos. El contraste con el instituto de uniformados a donde ingresa no puede menos que haberlo hecho añorar lo que contra su voluntad dejaba.

Tuve el privilegio de trabajar, varios años después de todo esto, con Cristián Huneeus en el Saint George.

Ahora que el colegio cumple medio siglo de existencia parece oportuno recordar tales hechos. Es extraño, pero es bien cierto: no siempre los alumnos más estudiosos y disciplinados son los que sobresalen en la vida. He oído decir que una de las más altas figuras de la Iglesia chilena fue expulsado del colegio religioso en que estudiaba. ¿Error de perspectivas? ¿Falta de paciencia? ¿Cambio producido, a la inversa, precisamente por la medida extrema? Difícil dar una respuesta. Como sea, el hecho es que en estas espléndidas *Memorias* que Cristián Huneeus nos regala, queda en claro que uno de los pilares de su formación se construyó en el Saint George. Pero el libro excede, por cierto, este marco inicial. La vida, digámoslo así, vino después. Vida de contradicciones y de

integración, de asomos al absoluto y de entrega a lo inmediato, de agricultor y académico, de hombre de la tradición y de crítico e innovador. Una suma a veces feliz, a veces dolorosa.

No cabe duda, vale la pena leer esta Autobiografía. Y desde ella el lector se sentirá tentado a buscar los cuentos y novelas del autor, que merecen mayor difusión de la alcanzada hasta ahora.

HUGO MONTES

LA TERTULIA MUSICAL DE LOS IRIZARTE

De *Gabriela Lezaeta*

Editorial Andrés Bello, Santiago

(Premio María Luisa Bombal de la Municipalidad de Viña del Mar, 1985)

Tal vez sea un símbolo —un signo— en esta novela de Gabriela Lezaeta, titulada *La tertulia musical de los Irizarte* que la tertulia desaparezca, no comience o no termine y se esfume sin alcanzar mayor realidad.

Tal vez un símbolo, pues casi todos los personajes que se mueven en esta narración están ligados de una u otra manera al mundo que la tertulia parece encarnar. Pero la tertulia se disuelve.

Es así la historia: como vista entre brumas, sin colorido, sin pronunciados relieves, en tono menor, para emplear términos musicales. Hay, dentro de la casa, una seducción y un aborto; hay, en las calles de la ciudad, el saqueo tras la Revolución de 1891; hay el amorío del patriarca; hay la actividad comercial de este mismo patriarca, que no se revela ante el mundo, porque es vergonzoso que un 'caballero' se dedique al comercio minorista; hay el socio descarado que se aprovecha de estos pudores aristocráticos; hay el hijo díscolo y dado a la bohemia elegante; hay, etc.

Muchas cosas. Acaso demasiadas para novela tan breve. Y todas importantes, y todas diseltas en la atmósfera vaga, átona, en que la novela se desenvuelve como si fuera un recuerdo muy lejano.

Estas condiciones se advierten hasta en la forma de escribir: largos párrafos en que se economiza hasta la parquedad el punto aparte. La autora abre las compuertas de su prosa y ésta fluye, calma e ininterrumpidamente, como un río tranquilo, sin rápidos ni caídas.

Así, sin culminaciones, sin contrastes —como ocurre en esas viejas fotografías de familia— los dramas, las pequeñeces y las tragedias de los Irizarte y su universo de fámulas y dependientes, se van deslizando hasta la muerte final, la del jefe de la tertulia.

Vuelvo a la idea inicial: Sí, es posible que Gabriela Lezaeta haya usado como un signo este escamoteo de la tertulia para recalcar sin palabras y sin rebusques sicológicos el espíritu de una familia 'fin de signo', que se va hundiendo en una irremediable decadencia, aprisionada en su incapacidad para resolverse a hacer algo más que existir.